

LAS ESCISIONES ENTRE ESTADO, DEMOCRACIA Y CLASES SUBALTERNAS EN EL PERU.

Resumen:

En los límites de estos aforismos sobre los espacios clandestinos pretendo explorar las dimensiones socioculturales de los lugares de exclusión capitalista para desprender de estos recorridos una política de vida rebelde que torne la esclavitud gramatical en una práctica reconstructiva soberana que sea capaz de revolucionar las diversas formas de racismo y de discriminación social que convierten a la identidad subalterna en una resistente trampa que limita y condena a la desorientación y a la incertidumbre psicoafectiva. Creemos que aunque las transacciones globales desamparan a las identidades subdesarrolladas de sus marcos de socialización democrático-populistas, y a la vez obligan a aferrarse a los contextos de significación efímeros y provisionales, que exigen suma velocidad y habilidad para el cambio, existen evoluciones ontológicas desde los discursos sometidos que resignifican la violencia de la metafísica neoliberal y su intrincada red de micropoderes¹. Esta destreza de invertir sensorialmente la presunción de la lógica autoritaria del mercado, recrea necesariamente el contenido y la presentación exclusiva de los espacios culturales donde desaparecen o se reproducen la liquidez de los actores olvidados.

Así, el espacio es estructurado en función de un conflicto negociado, a veces asimétrico entre una diversidad de singularidades y representaciones culturales que sobreviven reinterpretando el avance de la mercantilización, reconfigurando el espíritu y los indicios simbólicos que permiten darle legibilidad al mundo². El tiempo es bloqueado o desactivado precariamente en la medida que la vida transgresora lo desintegra en territorialidades intuitivas que aprenden a cargar el espacio de resistencias no necesariamente reflexivas, sino que reacomodan las fuerzas que los violentan de acuerdo a la habilidad de ser procesadas o reinventadas subalternamente, esto es, emotivamente³.

En líneas generales, lo que intento desarrollar es una exploración de los espacios micro de las relaciones de poder colonial, a partir de las estrategias que despliegan los actores populares para llenar el espacio que habitan de un ethos grotesco y de sabidurías alegóricas, que desafían y desconectan la tendencia a la monopolización de los recursos culturales. A través de las conjeturas que desarrollaré para dar solidez a mi razonamiento se apreciará una defensa cerrada de espacio de los excluidos como única premisa neocultural con que cuentan las poblaciones explotadas para controlar y administrar la lógica deslocalizada y con tendencia a la crisis del capital, en función del bien público y que puedan arrancarle a los flujos financieros desterritorializados⁴. Se parte de la evidencia que los espacios de exclusión están configurados para moldear conductas previsibles y comportamientos estandarizados que despojan a los sectores populares de toda iniciativa que cuestione el conformismo y la homogeneización biocultural a la cual son conducidos todos los deseos y la impaciencia histórica.

¹ FOUCAULT Muchael.

² BLUMENBERG Hans.

³ PRIGOGINE Yllia. El fin de las certidumbres.

⁴ DUSSEL

En la medida que la represión policíaca demuestra la vigilancia de un estado de excepción que mantiene por la fuerza la subjetividad mediocre de estos espacios de exclusión se genera una respuesta evasiva y contrafáctica en base a la creación de lugares de resistencia cultural que procesan la frialdad del principio de realidad y tiende a reinventar los códigos burocratizados del capital, mediante la creación de corazas inmunizadoras con que defenderse. Estos espacios donde se socializa la vida, donde esta redefine toda una geografía del poder simbólico que producen singularidades y biografías históricas, liberan toda una creatividad cultural que es capaz de relativizar la hegemonía de los sistemas de control. El espacio fabrica huellas sonidos, cuerpos, usos y costumbres que buscan generar socializaciones que reproduzcan el patrón de poder, sin embargo, la expulsión de la mayoría de la población de los espacios de producción del plusvalor, y de los monopolios oficiales de realización individual, empuja a los subalternos a provocar la composición de subculturas donde recibe tangencialmente el impacto de lógica mediática y la persecución organizativa de la que es víctima la singularidad de su deseo⁵.

En suma: el proyecto de descentralizar y fragmentar el poder conduce a versatilizar las técnicas de cómo desactivar y descolonizar el poder arrogante de la razón instrumental. El caos obliga a la vida a emigrar de espacios donde se refugia del bombardeo de complejidad organizada, por la captura de dimensiones de poder donde asegurarse al ventaja de recursos sociales escasos. Es la inmediata proyección del deseo lo que socava el regocijo que halla la vida en los seguro y estancado; es desde lo que esta sometido a lo precario que la exclusión es censurada y se torna en una práctica deconstructiva que produce nuevos espacios, que amenazados por el exterior confieren sentido provisional a la vida que naufraga en el frívolo lenguaje.

La colonialidad del poder y biopoder:

De entrada a la conjetura que desarrollo es que una radiografía ambiciosa del carácter social de las realidades periféricas debe considerar el hecho simple que las condiciones donde se asienta la vida resultan abrigos proteccionistas y socializadores que desmercantilizan la creatividad del sujeto subalterno, y que si se desea avanzar hacia la constitución de identidades que no caigan embaucadas por el hechizo de lo ideológico el individuo se verá obligado a inventar sus propias circunstancias de poder, con el propósito de deshacerse del sobre dimensionamiento de la dominación capitalista, que ahogan las aspiraciones en una práctica marginal de la sobrevivencia y la desesperación colectiva. Más allá de todas las frustraciones a las que conduce una realidad institucional con pocas oportunidades, hay que reconocer que la sofisticación de las relaciones del poder colonial es un resultado de la poca reacción política que evidencian los saberes sometidos para revertir una práctica de dominación histórica, cuya fortaleza reside en que es el relato ideológico que mejor explica la procedencia de los recuerdos y certidumbres identitarias que acompañan la socializaciones accidentadas de los pueblos. No es un asunto estrictamente sociológico lo que decide el predominio de una fuerte dependencia sistémica de las identidades subdesarrolladas, sino la confluencia de un devenir socio-histórico que ha edificado una complejidad institucional que obstruye el desarrollo de iniciativas progresistas, porque el establecimiento de este entramado tradicional produce una cultura pasiva sumamente inclinada a desentenderse de los urgentes desafíos productivos que implican reproducir exitosamente la formación social.

⁵ DELEUZE Giles.

Es la crisis asfixiante que experimenta la sociedad, a causa de un pensamiento débil que sentencia a la conciencia a nichos cotidianos substanciales-de los cuales sus vivencias no se llegan a acostumbrar-lo que dificulta la desactivación final de los principios rectores y de los modelos culturales que vuelven viscosa la acción social, y la desvían de la conformación de singularidades capaces de leer con autonomía las convulsiones y la degradación del mundo objetivo.

El caos funcionalista que soporta la organización reticular de la sociedad precipita la conservación de ideologías rituales, que bloquean la construcción de individualidades que sepan navegar con astucia en la fragmentación de los intereses sociales, por consiguiente, la terquedad para abandonar residuos ideológicos inapropiados y perjudiciales le otorga validez a esquemas eurocéntricos sin los cuales la vida periférica se ahogaría en la desorientación práctica. No es la decadencia ideológica a la cual conduce la arbitrariedad del poder colonial lo que decide la desafección del actor social por restituir los lazos solidarios que derrumban la desviación mercantilista, sino un más fino mecanismo de legitimidad de la dominación mediática lo que hace coincidir los liderazgos económicos con dispositivos biopolíticos blandos y seductores, que reportan a la individualidad que reportan a la individualidad una oferta de referentes desechables y de lenguajes publicitarios que orientan la autoconstrucción de la personalidad.

En medios sociales, donde el magnetismo sociabilizador resulta ser desarticulado rápidamente por una evolución histórica que otorga credibilidad a los escasos enclaves de iluminación civilizatoria que existen, el asunto de la reproducción de los vínculos afectivos descansan en la sutil habilidad para potenciar y apoderarse de los precarios recursos cognoscitivos con que cuenta la sabiduría popular, proyectándolos en la dirección de una tecnificación dialógica y vulgar de las interacciones y esfuerzos marginales, porque es en la inmediata colisión placentera de los discursos y contactos personales donde reside desequilibradamente nuestra experiencia concreta de reconstrucción semiótica del “socius”. Nuestro “logos” se derrite en la despersonalización “pacharaca” y populista de los sistemas de personalidad, debido a que la solidez autoconformativa de las relaciones del poder colonial expulsa a la vida hacia el diálogo relativista con los mosaicos organizacionales de la globalidad digital evanescente pero, de un modo tan astuto de que esta adaptación tecnoburocrática utilizan la lucidez de la actividad administrativa para preservar la reproducción de las estructuras feudales y arcaicas del mito colonial, que se resbala cínicamente de todos los sofisticados críticos racionales de los embrionarios actores democráticos, y sentenciando los intentos de hacer premiable la vida adulterada a una mas intrincada dominación de la complejidad periférica y perversa.

La acción democrática para devolver de la vida social la dignidad de cobrar autonomía organizativa choca indefectiblemente con la resistencia de la oscuridad mitológica de las costumbres y los sistemas de significación, que se desdican de la responsabilidad de desengancharse del imparable progreso tecnocientífico coqueteando traicioneramente con las seducciones virtuales y con los efímeros deleites de la personalización autoritaria. Es la paradoja de habitar en la ambigua sincronización de la oralidad totalitaria con la universalización telemática la que decide la imposibilidad de desconfigurar las infecciones estructurales de la política civilizatoria, porque el devenir socio histórico y la internacionalización accidentada e inauténtica de la cultura peruana

descansan en la aparición de un ethos ahistóricos y desmembrador que altera y erosiona la débil transparencia reguladora de la existencia moderna.

Hoy en día esta transita permanentemente hacia la violación del discurso democrático convertida en una cubierta civilizada rellena de mecanismos institucionales divorciados del tejido social pero que sirven para justificar la presencia de un estado de derecho que es la única garantía de rezago de una modernización que sólo se encarga de embellecer cosmética y turísticamente los ámbitos urbanos donde anteriormente brilló tibiamente la sociedad racional. La colonialidad que alcanza su rostro democrático con la irrupción de la sociedad de consumo se desperdiga en la infamia de la fragmentación técnica, desde la cual se presume que toda aventura por hacer retroceder la invasión instrumental reside en el vital conocimiento transcultural que puedan desarrollar los reservorios indómitos de la singularidad, habituados darle validez a un proceso logocéntrico o metafísico que no se cansa de mantener inexpugnable la gestión biopolítica de la producción social. En la medida que el capitalismo desarrolla la habilidad de acrecentar la productividad en espacios locales que no orientan convenientemente su saber deconstructivo, por lo cual este consigue predominar en el desorden cósmico sin que la sociedad desestructurada le ofrezca resistencia, el saber poscolonial no encontrará un contundente correlato político porque la sola estrategia de basar el poder de la emancipación social en la transvaloración actitudinal sin que este foquismo semiótico hacia el desmantelamiento material del poder económico, conduce necesariamente hacia una política inmanente de resistencia cultural que le provee contradictoriamente la capital de medio enriquecedores para reestructurarse y sofisticarse arbitrariamente.

No es la virtud de un activismo juvenil o de una experimentación de hibridaciones y mestizajes rebeldes lo que podría decidir el aminoramiento de la violencia del mercado, sino el desempolvamiento y posterior mejoramiento complejo y tolerante de mecanismo de planificación desarrollista, porque la experiencia demuestra que la práctica de una traducción convencional y cosmopolita conduce estrechamente al desarrollo de un anarquismo negacionista, que desautoriza la alienación civilizatoria con la expresión de una vida fragmentaria y hostil a todo desarrollo pleno de la personalidad y de la cultura; todo reside en el interior, todos somos responsables en menor grado que otros de la degradación del entorno social del cual un elitismo artesanal y “mochilero” no logra desgajarse.

El inicio de esta colonización no se explica por la inmediata superioridad tecnocivilizatoria de la empresa colonial, que se manifestó en la habilidad militar de los invasores, sino en la consiguiente concepción secularizada y práctica de control del territorio y de los registros naturalizados que orientaron la conquista, frente a una cosmovisión arcaica que explicó la derrota y la ulterior descomposición de las instituciones indígenas en base a criterios mitológicos, lo cual explica que la resistencia interna no lograra coordinar una respuesta de expulsión de los invasores porque ello hubiera significado abandonar las certidumbres cósmicas que justificaron la catástrofe civilizatoria. Es en líneas generales el choque entre dos concepciones irreductibles del ordenamiento territorial – una cagada de ribetes de saqueo y explotación de todo aquello que amenazara su política eurocéntrica, y otra empapada de una armonía y control natural del espacio- lo que explica la derrota de la civilización antigua, debido a que su animismo panteísta estaba desprovisto de herramientas desmitologizadas con que neutralizar efectivamente el embiste del temprano capitalismo colonial. No sólo fueron las tensiones y antagonismos internos los que precipitaron el derrumbe del imperio, que estaba en proceso de reestructuración expansiva, sino el zambullido del espíritu

indígena en concepciones sagradas y arcaicas lo que bloqueó el desarrollo de una conciencia calculadora con que movilizar convenientemente la resistencia indígena.

En sí la consiguiente conservación de las instituciones indígenas y las variaciones organizativas que imprimió la política colonial reprodujeron relativamente sobre cimientos tradicionales una estructura social feudal, que no sólo basó la eficacia de su dominación en la explotación cruel de las poblaciones indígenas sino en las reducciones coloniales y sociosimbólicas que insertó la pluralidad de las culturas alrededor de la categoría polarizada de indio con respecto al blanco occidental hegemónico. Se visualizó de cierto modo la preservación de las élites indígenas como una institución aprobada por la masa indiferenciada que canalizara y ayudara a ejecutar con legitimidad las múltiples decisiones administrativas de la colonia, no obstante, que la conservación de los curacazgos mantuvo una jerarquía social indígena al interior de la intrincada sofisticación por castas que conservó intenciones intactas de barrer con la dominación colonial.

Es sin embargo, la violencia de la aculturación y los consiguientes sincretismos culturales al margen de la extirpación de idolatrías los que fueron avasallando paulatinamente las fortalezas arcaicas y milenaristas de las identidades indígenas, pues estas ante el sufrimiento social que reportaba la explotación desalmada de las mitas mineras, los trabajos agrícolas y obrajes, se acostumbraron a evolucionar resignificando clandestinamente e interiormente de la hegemonía colonial que en cierta medida reservaban espacios de neutralización teleológica a través del “mito de Inkari”, pero también otorgaron acceso cultural en sus relecturas del impacto evangelizador y de las costumbres del barroco colonial a toda una gama de reservas culturales transgresoras y hedonistas que fueron poco a poco imitando y despreciando paradójicamente. Si bien la brutal consolidación de la colonia confirmó rango de subespecie a las categorías indígenas, reservándoles un espacio de suma discriminación e interiorización cultural, lo cierto es que estas fueron pretendiendo soterradamente el desenvolvimiento de estilos de vida despreocupados y bohemios que las elites criollas desplegaron; formas de vida ociosas de la cúspide social que dieron el acceso informal y racista a segmentos poblacionales aculturizados que simpatizaban con la molición civilizatoria del régimen colonial, y que fueron definiendo culturalmente el molde de un individualismo criollo e inauténtico que neutralizaría en la práctica innoble y transgresora los esfuerzos colectivos por emancipar el ethos indígena desfigurado y aplastado.

Los siguientes acontecimientos históricos y los ánimos subversivos de las capas subalternas por hacer estallar esta esfera socio feudal y los resabios estamentales, conseguirían en base a coyunturas revolucionarias modificar y sustituir las consiguientes administraciones del poder pero en líneas generales la persistencia de estructuras coloniales en la vida cotidiana que dieron legitimidad al patrón de acumulación, no lograrían una significativa reorganización y desaparición del discurso criollo y de su violencia simbólica. Lo que provocaron es sofisticar y hacer más complejos e invisibles las relaciones de dominación convirtiéndose en rezagos tradicionales y compensaciones identitarias muy importantes, contradictoriamente, para la construcción de la realidad social, no obstante, haber sido estructuras estables del ser periférico que hundieron en un drama de explotación y de progreso cultural a los sectores olvidados por el discurso oficial de la historia. Es hoy los inapropiados resultados culturales de la adquisición del mestizaje cholificador, y las desviaciones privadas que implica adaptarse a las convulsiones desestructurantes del caos global los

que persuaden a las identidades sometidas a seguir estando esclavizadas al interior de esquemas unidimensionales y tradicionales con los cuales amortiguan la agresividad de los flujos económicos, pero los cuales paradójicamente confieren un sentido ideológico ambiguo y demasiado proteccionista, que desacelera y desprende del curso de la historia a las subjetividades populares. Es preferible para las categorías subordinadas desentenderse de las relaciones coloniales de las cuales dependen subjetivamente, y seguir siendo moldeadas arbitrariamente por la violencia de la metafísica neoliberal, de la cual solo se burlan estéticamente y festivamente hablando, que coordinar esa diferenciación creativa alrededor de una síntesis histórica que logre hacer tolerable el desorden afectivo de la complejidad maligna de las culturas periféricas.

Conocimiento ordinario y globalización:

La sabiduría que reporta la experiencia individual es compleja y escandalosamente considerada irrelevante para una conciencia atrapada en certezas sensibles efímeras. Si bien la socialización que otorgan las instituciones proteccionistas atraviesan una gruesa crisis de desocialización, en donde la identidad tiende a configurarse alrededor de repertorios de acción desequilibrados y excesivamente cargados de un pragmatismo hostil y desconfiado, la verdad es que el bombardeo de significados sutiles y de imágenes sensoriales que recibe la psicología individual es lo bastante rica-a pesar de la pobreza aparente- para garantizar el diseño de una realidad inminente e incuestionable de la cual y alrededor de la cual extraer motivaciones y saberes vivenciales con los cuales reproducir ideologías de acción que procesan la violencia de los fenómenos accidentados e imprevisibles. Es a partir del sentido provisional que los actores le imprimen a la exterioridad irracional que el espacio se carga de hábitats simbióticos reconocibles y familiares para la conformación de la personalidad, ámbitos socioesféricos donde la gente se origina un fundamento estable pero a la vez proyectivo, desde donde repara fuerzas para arrojarse a un mundo donde las envolturas ideológicas que cada egocentrismo confecciona entran en colisión irreversiblemente, representando esto la lucha simbólica por la propiedad de realidades que se licúan en la esquizofrenia del espacio. En la medida que la realidad inminente y pragmática se desdibuja y recrea alrededor del campo intergeneracional, todo cuanto más la conservación del espacio vital empuja a las singularidades a corromper los hábitos domésticos y proyectarlos políticamente, se produce por efecto de la globalización una insoportabilidad de intereses e identidades geoculturales cuya expansión desterritorializada y caótica ocasiona una guerra de esquemas y racionalidades tecnoarcaicas, una diferenciación tribal y agresiva que hace estallar la tolerancia cosmopolita, debido que esta no llega a ocultar que la sobreideologización lingüística y la inmovilización adialéctica manifiestan una brutal reclasificación social y etnocéntrica que expulsa de la integración sistémica a aquellas osamentas que no saben resolver sus estancamientos objetivos con el poder reconstructivo de la iniciativa individual. Aquello que no se decide en el corazón del lenguaje, aquello que no vive intensamente la ficción de lo compartido y universal termina por incapacitarse perjudicialmente para potenciar su sabiduría ordinaria en algo que rebase el hábito tedioso de lo estandarizado. Mediante el lenguaje, mediante la cultura, la conciencia esfuma de sus preocupaciones las inminencias del horror vacío, y la hostilidad del mundo técnico no termina más que ser una prolongación hipersensible que destruye toda posibilidad del abismo o del naufragio individual con los disfraces digitales de la proyección cibernético-mediática. Hoy las envolturas ideológicas, las pieles virtuales de un mundo complejo, en donde cada quien construye sus raíces y sus fundamentos casuales, a través de la saturación de

informaciones resensorializadas, están seriamente amenazadas por la irrupción de lo desolado y del misterio de un universo irracional e infinito frente al cual la existencia se revuelca en la mentira del lenguaje y en la casucha siempre endeble de paisajes gramaticales con los cuales oculta el impacto formidable de la exterioridad capitalista.

El mundo de la vida, la defensa de una selva fenoménica que va desde la sujeción de los procesos de abstracción con la reinención del significado social, repliega a la acción agresiva hacia las trincheras de la resignación ahistórica, hundiendo la vida en un misticismo emocional y sociolingüístico que reproduce levemente la comunicación, porque de manera funcional esta se infecta de regresiones autoritarias y belicosas con que formular decisiones y lecturas coherentes a las amenazas objetivas que plantea el entorno desorganizado. Es la precarización de los saberes ordinarios que quedan relegados en el olvido de las transformaciones ideológicas, lo que desprovee a las conciencias de formulación de conocimientos coherentes con que defenderse eficazmente de las señales y disturbios de una exterioridad sistémica, que produce imperialmente una culturización asfixiante de las identidades locales y que vuelve simulados e irreales a los pocos enclaves de felicidad y certidumbre material. La vida rechaza el historicismo autoritario y progresista, y se desprende de la organicidad unidimensional que implica el desarrollo tecnológico, sin embargo, por ese mismo hecho queda rezagada y sin respuesta reflexiva para deshacerse de la estupidez sensorial que no quiere ver las mutaciones escabrosas y absolutistas que imprime la maquinaria compleja del capital. Lo ordinario, la cultura real zambulle a la vida en una congeladora ideológica de la cual no escapa, porque la protección desvalorizada que recibe es la más confortable y falsamente equilibrada que aventurarse a controlar desgarradoramente la dirección autopolítica del mundo social. En la medida que la existencia siga aferrada a certidumbres provisionales que se distorsionan ficticiamente y descolocan autorreferencialmente a la subjetividad, persistirá el yugo de una complejidad fragmentada que hunde la sentido en lago desechable y absurdo, en una alienación ridícula que es conservada porque se convierte en la única ilusión íntima que confiere significado y motivación par seguir. Es el poderío fluctuante de un caudal de arbitrariedades estéticas y hedonistas las que ahogan la cuerpo en una materialización violenta de la subjetividad, porque la eliminación de todo resto de inteligencia no arriesga la integridad de una sensoriedad que se convierte en la peor enemiga de toda capacidad de luchar contra el poder omnisciente de la racionalidad tecnológica.

Más allá de que la experiencia sufra el despojo objetivo del control del tiempo, la poca legitimidad que halla la globalización para transmutar a su voluntad los espacios de la subalternidad radica en la necesidad de ampliar las exigencias de su acumulación del deseo hacia aquellos submundos psicosomáticos donde la personalidad tiene la libertad de autodeterminarse, pero donde succiona el hechizo de las imágenes plásticas y digitales de lo tecnocrático, teniendo, por tanto, que soportar el dominio en el propio centro de su autoconstitución psicológica, persiguiendo y acechando con el impacto de las representaciones mediáticas las respuestas e hibridaciones posibles más aptas para la validación de la sociedad del consumo. La desintegración simbólica que padece la identidad, con la también desaparición de los relatos integrales del iluminismo induce a la voluntad a desenvolverse en la creación comercializada y espectacular de diferenciaciones burguesas, creatividad que no se despoja de los flujos sistémicos de producción porque es ahí donde se autoconfirma la válida aceptación de una conciencia sobresaturada de improvisaciones, informaciones e innovaciones culturales. En un mundo donde el acceso a los monopolios exclusivos de la realización significa proyectar

políticamente el cuerpo y los estilos de vida de la subjetividad, el conocimiento ordinario no puede ser más que un procesador secuencial y etnomusical de variedades lingüísticas que se afirman constantemente, debido a que la plasticidad coloquial y la naturaleza exhibicionista del cuerpo dependen de la agresividad estética con que se traduzca el conocimiento en acción artística.

El juego de reciprocidades semánticas que se despliegan en un campo de relaciones objetivas que tienden a definir un código envolvente y atorreferencial, disminuye la posibilidad concreta de que las nuevas innovaciones semióticas impliquen la introducción de cambios afirmativos en las relaciones de poder, rupturas o giros civilizatorios que son más urgentes cuanto más la habilidad de mantener un consumo compartido y legítimo se desgasta por la inserción de intereses particulares que se disfrazan de evoluciones democráticas. El conocimiento ordinario se retira hacia las profundidades del alma interior produciendo saberes y hábitos clandestinos que son vigilados y perseguidos por la fragmentación de la economía libidinal que busca el propósito de reproducir espacios fantasmáticos y formas de vida individual que consuman y reafirmen la variedad de dispositivos mercantiles que proyecta la mundialización de la cultura. Este adormecimiento prehistórico hacia fantasías prenatales y su consiguiente proyección arcaica sobre la realidad objetiva generan que la exterioridad silenciosa y los misterios cancerosos del capital sean neutralizados por un voluntarismo divino que renace la hermosura de la tecnificación a la vez que convierte a la cultura en una lucha muda de embrutecimientos cosméticos y de extravagancias corporales sumamente asimilados por una corriente vital que no ha aprendido a ser ella misma devenir libre y glorioso. Mientras a la identidad le siga costando comportarse como un manso caudal en el cual todo fluye tranquilamente y sin prisa, seguirá esclavizada a temores estandarizados y unilineales de la personalidad empobrecida, sin la necesaria flexibilidad de desplazamientos y trayectorias como para enfrentar la modificación de la nada con la rebeldía del corazón encadenado en rústicas ideologías. La fe en que el interior se atreva a fomentar una praxis comunitaria que reencante el espacios de veracidades e imaginaciones sensoriales es la única modalidad optimista en que la aparente pobreza de la individualidad se troque en una sabiduría rebelde ya la vez pragmática.

Violencia simbólica y subalternidad:

La experiencia arrojada a un ambiente social despojado de valores y estereotipos compartidos colectivamente encuentra como única vía de no ser evaporada su integridad, ejercer violencia sobre los códigos autónomos que se independizan de su control simbólico, produciéndose un predominio arbitrario y autoritario que inmoviliza la experiencia en residuos existenciales y primarios que no aceptan una realidad que está sometida a un permanente cambio de lo real. Es la poca flexibilidad o plasticidad interna que muestran los hábitats simbióticos de la vida colonizada, lo que empuja a la acción individual a deshacerse de las regulaciones institucionales que deberían canalizar sus demandas, considerándolas mecanismos depresivos que desaniman al actor social y lo arrojan a la aventura soterrada e informal de estrangular la iniciativa del otro y mantener una fría mecánica de cosificaciones sociales con que asegurar el control, en el corto plazo, de ciertas prerrogativas biopolíticas y de recursos culturales considerados de manejo comunitario. La violencia no sería el estallido repentino que arroja a la razón frágil de la escena del predominio biopolítico sino una estrategia sensible de romper reglas de juego consideradas burocratizadas y asfixiantes, apostando por la

manifestación arcaizante y subterránea del deseo administrado que desarrolla una cínica inteligencia para aprovechar condiciones ambiguas de cierta tolerancia democrática y civilizatoria, para infectarles un racismo ideológico y de desaprobación cultural por órdenes convencionales que protegen a la vida social de la violencia del caos. No sería una recaída en la barbarie o en el estado de naturaleza lo que provocaría esta explosión desordenada de agresividad y austeridad, sino el rasgo social propio de una edad postmetafísica donde a desagregación o fragmentación de los sistemas de control tiene que coexistir con importantes dosis de amenazas contra fácticas como aquel suceso abrupto que despierta la oscuridad de la irracionalidad caótica, considerada muchas veces un ánimo populista para contrabalancear el régimen del estado derecho.

Es a no dudar el agotamiento de los regimenes disciplinarios del estado desarrollista lo que hace desembocar la experiencia en una ahistoricidad de la violencia social, y lo que hace que esta se convierta en un recurso fáctico por no desengancharse de una licuación de lo real que deja sin certidumbre y elitiza inapropiadamente la felicidad social. Partiendo de la permisa que la identidad solo puede resguardarse provisionalmente en envolturas psicofísicas y en territorialidades precarias, que son vaciadas de poder tan pronto la irrelevancia del espacio capitalista nos hunde en la temporalidad de lo absoluto, pensamos que el desborde de una tradición autoritaria y violenta solo puede ser el resultado del excesivo control disuasivo que sofisticada el dominio policiaco que agencian los grupos de, cuando la racionalidad del mercado va despojando a poblaciones disminuidas de libertades positivas y de derechos de realización públicos que son tan necesarios para que la infamia de las desigualdades económicas no urdan mecanismos de contención social y preventivos que postergan indefinidamente del derecho a la liberación que poseen los pueblos. Sin la necesaria correspondencia de instituciones políticas que sirvan como espacios de denuncia de las arbitrariedades y permanencias del poder económico, creemos que el síndrome de un lenguaje cosificador y belicoso que se evidencia en los sectores populares, es consecuencia de que a estos se les a hurtado históricamente la misma capacidad de tomar parte de las decisiones en cuanto a la confección de lo real, empujados por lo tanto a hacer explotar relaciones de poder osificadas y poco elásticas que sentencian a la identidad a socializarse en medios autoritarios, a complejados y empequeñecidos sensorialmente hablando. Desprovistos de una razón histórica institucional y empujados a tener que deconstruir espacios de poder elitistas a los cuales legitiman relativamente, a los sectores populares no les queda más remedio que agarrarse a las olas del mal de lo real, ejerciendo abuso y autoritarismo como la única estrategia biopolítica que los hace sentirse reales, cuando las desproporciones esnobistas de una racionalidad comunicativa y de una ética del discurso no alcanzan a resolver los grandes problemas estructurales de nuestra sociedad.

El hecho expandido que esta moral violenta se convierte en un problema estructural que invade todas las relaciones semióticas, replegando la costumbre de los acuerdos comunicativos y el diálogo a una esfera meramente normativa e irreal se teje la idea que los remanentes socioesféricos de una cultura del diálogo y del acercamiento comprensivo se debilitan y tienden a la explosión simbólica, debido al hecho que las envolturas ideológicas no resultan antídotos para eliminar la amenaza de la entropía comunicativa y del desorden atomista. Más allá de que la creatividad singular posee ingredientes autorregulables para recrear ingeniosamente los sectores domésticos, donde se produce su auto cultura, el hecho de que en sociedades periféricas la distinta dinámica de códigos comunitarios y tradicionales perturben contundentes proyecciones y trayectorias históricas no permite que la vida pueda escapar apropiadamente de

rezagos temporales y de atascamientos ideológicos donde no neutraliza el padecimiento del estallido caótico. Por eso la violencia como el contagio patológico de un espíritu que adolece de cobertores y cortezas tradicionales con las cuales procesar el impacto de la desterritorialización y que aun tomando conciencia de esta desnudez ontológica reproduce una acción reprimida y agresiva sobre la vida que le otorga certidumbre, provoca un desorden cósmico que halla en el poder una seducción autoritaria con la cual predominar, pero una decisión de disfrutar de la violencia individual aun sabiendo que destroza los propios cimientos de realidad donde reposa la brillantez de su única luz singular. La obstrucción del otro, ya sea a través de la negociación hipócrita o de la cosificación sensible traduce las señales de un espacio vaciado de sentido compartido, donde el poco espíritu que respira y sobrevive depende de su autofagositación socioesférica. La exterioridad de dispositivos represivos o policíacos para detener la depravación cósmica de las categorías golpeadas, arroja a la vida periférica a los océanos de la oscuridad de la violencia que se ha vuelto una delicia; la delicia de extorsionar placenteramente el cuerpo del otro, porque ahí reside el llenado de lo que nuestra amedentrada interioridad no logra vencer.

La identidad habitualmente se constituye alrededor del contacto personal con otredades a las cuales percibe involuntariamente de modo cosificador y exterior. Es esta la razón por la que la subjetividad sin un previo revestimiento de una pedagogía de la interculturalidad ejerce violencia sobre la integridad existencial del otro, más si esta época de cruenta desestructuración tiende a generar conductas asimétricas, por las cuales se viola descaradamente el aura medular de la singularidad, confiriéndole al otro una investidura artificial excesivamente instrumentalizadora. Más allá de que exista una expugnación criminal de los ámbitos vitales de la existencia es creo la excesiva voluntad de poderío, el aura nihilística del ser que tiene la obligación de hechizar el interior vacío y de procesarlo como una esfera de defensa psicológica, lo que esta ocasionando el escozor de la rivalidad y la ausencia e una racionalidad comunicativa que signifique vivir en la aceptación que la realidad es intencional, múltiple y diversa. La complejidad desrealizadora de intereses singulares y arcaicos esta enzimando un mundo violento, lleno de antagonismo y conflicto.

Los espacios de la exclusión cultural:

No haría una defensa fenomenológica seria de los espacios de la interacción social sino analizara de manera general el impacto sociocultural que padecen a consecuencia de la fragmentación colonizadora del poder. La anonimia y despersonalización de los asuntos públicos de la vida social tiende a desmagnetizar, a quitarle intuicionismo a esas aventuras de las socioesferas de lo interior por darle mayor relevancia a la conquista de los espacios socioeconómicos foráneos donde la proyección beligerante persigue hacer predominar la facticidad de la existencia concreta. Es el desamparo objetivo o la obsesiva sobreideologización de que el peso de las estructuras negativas aplastan o hacen residual la capacidad del individuo, lo que configuran una ecología de saberes civilizados donde se tejen las contradicciones del poder, y en donde se decide el moldeamiento de un poderoso dispositivo múltiple de la dominación, que no es superado colectivamente por la imaginación subalterna porque de ella deviene el enfrentamiento con la nada asistemática. Estos espacios de exclusión:

1. Uno de ellos y uno de los que configuran todo un mecanismo soterrado de la verticalidad de la dominación es el discurso de género, en donde ciertamente las

estructuras machistas han cedido frente a la embestida de las dinámicas de reconocimiento sexual, haciendo estallar las envolturas de la polarización patrimonial en binomios de poder desterritorializados y descentrados donde gana terreno la hibridación sexual y pierde terreno la corteza viril de la masculinización modernista que se ve obligada a negociar por su derecho a ser un relato de la fuerza y de la solidez que no degenera en inmadurez a desaceleración de la seducción. Hoy en día que el espacio público conoce saludablemente la irrupción de la inteligencia femenina, y este en cierta medida esta vaciado del discurso machista embrutecedor de la feminidad, el peligro que se cierne es que la condición de una sexualidad emancipada y de una intimidad transparente esconde privadamente una clandestinidad soterrada de la sujeción biopolítica de los cuerpos por la cual la insurgencia de una pseudos aristocracia del goce maquinal excluye escandalosamente a todos aquellos fenotipos y conductas de la estabilidad heterosexual que no desarrollan la suficiente plasticidad cosificadota y del exhibicionismo somático con el cual asegurarse dosis importantes de felicidad romántica y pasional. Es a no dudarlo el fraude que significa una sexualidad maquínica y sin límites la que desfigura el poder salvífico que otorga la certidumbre de una sexualidad no divorciada de un respeto por la integridad de la persona a la que se ama, aún cuando el amor trágico signifique ser esclavo de una violencia ideológica por la cual siempre disfrazamos nuestros miedos con respecto a la felicidad con la agresividad del erotismo y de la fantasía galante y esquizofrénica. Con el sexo regresamos a un mundo debastado de apariencias, un mundo orgánico y acorazonado donde nos sentimos protegidos y coexistiendo con la unidad de la luz primordial, a la cual no regresamos sino con el sabor de la muerte, una esfera magnética donde transferimos nuestro deseo de no traicionar el corazón de la patria originaria con la irrupción de otra vida mortal a la cual procreamos, en fin el apartamiento de tratar de ser inmortales con la ficción de permanecer sembrado y dulcemente estoico en la inmanencia de la pasión inextinguible. Quizá el problema que implica todo este desgarramiento de lo que habitualmente consideramos nuestra raíz esencial es que se gesta una guerra silenciosa, desigual y cruel entre la multiplicación de identidades sexuales que persiguen capturar el bien romántico de la felicidad, provocándose un licuamiento asfixiante de los espacios estables de la intimidad donde se construye la solidez del género sexual. Esta incertidumbre la de la firmeza sexual y la decosntrucción cotidiana de los ámbitos vitales de la sexualidad hace que la tarea de ser feliz exija de nosotros una destreza desacostumbrada por la cultura real.

2. otro espacio de fuerte disputa es entorno al asedio frecuente que sufre la razón normalizada por obra de eterna tentación de la oscuridad de la huída del mundo de la locura y de la anormalidad. NO es una decisión facilista, ni la confirmación real de una natural desigualdad de juicios y capacidades, lo que hunde en la explosión del suicidio anómico a la conciencia sino la carga objetivista que significa soportar ordinariamente la jungla de la competencia mercantil, lo que empuja a la subjetividad a desengancharse del mecanismo irreversible de la evolución sistémica, como una conducta de protesta en contra de la excesiva hipocresía y artificialidad de la razón instrumental que se presenta como un recurso cognoscitivo para engrandecer la preservación de la especie, pero que en lo que en realidad convierte al hombre es en consumidor de ideologías esclavistas que lo dominan y empequeñecen. Es la anormalidad producto del

arrodillamiento escéptico ante la nada organizativa, como una suerte de evasión creativa de la razón gobernable que nos vende siempre la estafa de que el valor de estar en equilibrio racional es una virtud esencial para no ser destronado del centro de la acumulación productiva, cuando en realidad es el precio que hay que pagar por la mentira de la iluminación y de la estabilidad en un bosque donde la bruma y la gelidez de lo inorgánico nos acecha impunemente. Se puede decir que en la locura y en la criminalidad el sujeto siente como sus esferas psicoprotectoras revientan en la instantaneidad de lo foráneo y extraño, viéndose obligados a desarrollar lenguajes clandestinos y de la subversión de la cultura oficial para conservar el calor provisional de su abandono y renuncia objetiva, cuando la frivolidad y el cinismo racional son percibidos como falsas envolturas psicológicas demasiado represivas.

3. Un tercer espacio de conflicto es la desmembración ideológica que sufren las identidades consideradas subdesarrolladas naturalmente en términos de inclusión intergeneracional, como son los grupos etarios de la infancia y de la juventud. En lo que respecta a la infancia es entre las categorías espaciales la que mejor construye hábitáculos protectores y regiones socializadoras que van dotando al individuo de una comunicación yoica, con inclinaciones al equilibrio emocional, y al aprendizaje de repertorios culturales primarios que van definiendo una identidad bombardeada por el universo adulto. Tal vez la dificultad que atraviesan estos ecosistemas de la vida ingenua y vinculante es que el exceso de fundamentalismo socioprotector, e impacto creciente de los mecanismos de domesticación racional, y la descomposición abismal y amenazante de los marcos de socialización primaria, van retirándole a la estabilidad de la infancia argumentos defensivos con que poder amortiguar el efecto disgregador del tráfico mercantil que introduce la contingencia y el accidente en los procesos de aprendizaje social, tratando de incorporar productivamente los imaginarios infantiles en las coordenadas de la iniciativa empresarial, sin considerar que el desdibujamiento de las esferas de solidaridad provoca problemas de desarrollo psicoafectivo y de trocamiento de la personalidad social. En cuanto al ser juvenil es la edad de una crisis y de apertura intergeneracional, por la cual la subjetividad es arrojada de las envolturas protectoras – que no acaparan el crecimiento de la aventura del deseo singular- intentando conexiones de una expansión universalizante a partir del permiso con que cuenta legítimamente la juventud para producir subjetividades envolventes e imaginaciones radicales que son propias de una edad etaria apasionada y revolucionaria que rechaza los ámbitos artificiales e hipócritas de la vida racional adulta. Tal vez lo perjudicial del exceso de ideologización impulsiva que padece la edad crítica del ser juvenil es que si bien el escape de las esferas patrimonialistas significa tratar de trasladar la lógica del amor solidario a barreras estandarizadas de la existencia cosificada, la verdad es que el desgarramiento que proporciona la experiencia de un mundo arrojado y vacío va imponiéndose poco a poco a medida que la decisión de madurar y claudicar deslegitima como irracionales los proyectos utópicos de reencantar e introducir lucidez en el mundo administrado.
4. Un cuarto escenario de definición de saberes sometidos es al que se refiere a la construcción de las identidades populares, en donde el creciente impacto de la revolución tecnológica que obliga a la uniformización de los comportamientos está originando un proceso inédito de creatividad e innovación sociocultural por

el que el lenguaje mediático conoce la reapropiación semántica de los mensajes audiovisuales y de la interacción digital, recreando un dispositivo múltiple de rostros y discursos subalternos que invaden con su logicidad del emprendimiento solidario las regiones artificiales las regiones artificiales y lóbregas de la racionalidad tecnoburocrática. En este sentido hay que mencionar contradictoriamente que la reinención saturada de lenguajes de la promiscuidad cultural y del ethos carnavalesco están edificando una variedad insólita de reacciones democratizadoras que ponen en cuestión la vacuidad y frialdad de la alienación organizativa con una complejidad arcaica y chamanística de envolturas solidarias e ideológicas que rayan en la violencia y en el autoritarismo pero que se atreven a enfrentar el elitismo competitivo de la cultura burguesa y tecnocrática.

En resumen, he dejado de lado otros rostros del poder cultural destacando los más incisivos, pues lo que busco con el siguiente apartado es debatir apropiadamente la posibilidad de controlar la metafísica compleja del tiempo global con una resignificación sensorial y material del gramática del espacio territorial y revolucionario.

Las escisiones entre democracia, política y estado en el peru, desde la mirada de la geografía cultural

La conjetura que propongo es que – al contrario de lo que piensa Lipovestky- la democracia con tinte delegativo⁶ que se asume en el país jamás se encarnará en una propuesta que viabilice desarrollo, en tanto se siga sosteniendo que las diversas formas de aplanamiento cultural que desarrolla la cultura del consumo y la publicidad, son las manifestaciones más avanzadas que asume la democracia en el Perú. La lógica que argumento en estas líneas es que la particular asimilación de la cultura del vacío, centrada en los más sofisticados artefactos audiovisuales, no sólo paraliza y engarrota la evolución de la economía nacional en su conjunto, sino que además el impacto que provoca en las conciencias es profundamente desigual, lo cual a la larga genera una fragmentación disfuncional de la sociedad civil en relación al complejo institucional del Estado de derecho.

La democracia no dejará de ser un complejo armazón ideológico que enmascara brutales relaciones de poder, en tanto se siga respaldando en un modelamiento asfixiante de la identidad, reemplazando descaradamente la conciencia de la realidad concreta por un fluido aparato de símbolos que constituyen hoy por hoy la identidad del ciudadano consumidor.

¿Y de qué modo entra en esta argumentación el TLC con los Estados Unidos? Siendo la democracia un sistema de significaciones que propaga un tipo particular de ciudadano, y sabiéndose que esta ideología bloquea el ciclo de formación de la economía nacional, el TLC como plataforma técnica trastocaría y supeditaría el patrón de crecimiento primario exportador, y toda la organicidad institucional que ello significa a un sistema de producción global y geopolítico que anula las capacidades soberanas de modelar la economía interna. El TLC confirma exorbitantemente la tendencia de las

⁶ O'DONELL Guillermo. “¿Democracia Delegativa?” En: Instituciones Políticas y sociedad, IEP. 1ª Ed. 1995.

transformaciones estructurales que de alguna u otra manera se ha iniciado en la región. Valiéndose de la introyección abrumadora de una cultura reificada el TLC se destacaría como la oportunidad de aferrarse a las ventajas de la globalización económica, aún cuando esta decisión acarrearía la desestructuración acelerada de las condiciones institucionales y suspendería peligrosamente la capacidad de autonomía económico-política que frágilmente aún posee el país.

Es decir el TLC hallaría viabilidad programática en la sociedad peruana en la medida que el conjunto de instituciones sociales vinculadas al patrón de acumulación, asimilen de antemano las pautas culturales y los sistemas de significación modernos, que de alguna u otra manera ya han sido desplegados en los imaginarios urbanos.

La ideología demo liberal encuentra asidero en el tejido social porque el fracaso de las propuestas nacional-desarrollistas y todo el desmantelamiento de los sistemas de protección social que facilitaba el programa de industrialización, han ocasionado un severo síntoma de desconfianza en los intentos populistas, y por lo tanto, las identidades diversas han entregado toda la reproducción de los significados hacia aquellas alternativas políticas que ha abierto la ola democrática⁷. En este contexto el libre comercio abierto con economías de desigual simetría productiva e institucional solamente radicalizaría los efectos perversos de la política económica dirigida por los poderes capitalistas, provocando el enraizamiento definitivo de la desigualdad social, la pobreza y la polarización social⁸. Un acuerdo de estas magnitudes supeditaría toda la producción de sentido específico a la metafísica tecnocrática, subordinado hasta aquellas manifestaciones de la economía popular que creativamente tratan de apropiarse de los significados sistémicos de la plataforma neoliberal⁹

En suma: el ciclo de transformaciones sociales que imprime la avanzada neoliberal, y que se sostiene magníficamente en el biopoder¹⁰ ideológico de la cultura hegemónica, logra la expresión robusta de las identidades empresariales en la medida que incorporan la legalidad y la moral pragmática, pero en líneas generales, resulta catastrófica para el entramado social, ya que no todos los sectores sociales son capaces de adaptar sus pautas culturales al ritmo estrepitoso de la hipermodernidad¹¹. En este sentido, el TLC firmado con un gobierno que ve en el acuerdo posibilidades infinitas de apropiación geopolítica de nuestros recursos naturales, solamente aumentaría exponencialmente el impacto de la lógica de penetración capitalista, poniendo nuestra organicidad, y sobre todo nuestra lógica de reproducción cultural, al servicio de la máquina globalizadora del imperio¹².

Hoy, según mi impresión, la influencia que sobre la realidad ejerce la cultura del vacío¹³, hace casi imposible que se reactive la dialéctica de la ilustración¹⁴ periférica del país, porque cualquier discurso que intente rescatar la economía interna de los descabros de los sofisticados enclaves socioeconómicos, tendrá que contrarrestar los extraordinarios misterios que la cultura peruana es capaz de desarrollar. El mayor

⁷ HUNTINGTON. Choque de Civilizaciones.

⁸ NUN José. Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos? FCE. 2000.

⁹ QUIJANO Aníbal. "La nueva heterogeneidad estructural" En: Revista Hueso Número. No8/Año5.1991.

¹⁰ HARD y NEGRI. Imperio. Eds Paidós.2002.

¹¹ BECK, GIDDENS, y LASH. Modernidad reflexiva. Alianza Editorial. Madrid. 1997.

¹² HARD y NEGRI. Ibid. p128

¹³ LIPOVETSKY. La era del vacío.

¹⁴ HORKHEIMER Y ADORNO. Dialéctica de la Ilustración. Ed. sudamericana. Argentina 1987.

obstáculo, sostengo, para que la democracia funcione como contexto cultural que viabilice el desarrollo económico y no quede cautiva de la corrupción generalizada y de los esquemas clientelares del gobierno¹⁵, es el invulnerable sistema de significación tradicional, que no sólo se resiste a desaparecer, sino que además se redefine inteligentemente en el contexto de la globalización¹⁶.

Pero vayamos hacia la sociohistoria, buscando en la génesis de la democracia peruana a lo largo del proceso trunco de modernización, una razón explícita para explicarnos porqué el sistema democrático no funciona como arma para vencer el subdesarrollo. Sostendremos que la democracia no era entendida como mecanismo de representación formalizada, como un sistema de significados divorciados de la práctica social, sino que era un resultado hacia el cual debía llegar la sociedad como producto de la constitución de una economía moderna y de una cultura nacional capaz de asimilar la gramática de la globalización sin perder autenticidad.

Si hoy en día la democracia no se sostiene como simbología capaz de regular la proliferación de reivindicaciones sociales, es porque contrariamente a lo que se pensaba se ha convertido en un gran espectro ideológico que enmascara infinitamente relaciones de poder, que no sólo asfixian la iniciativa empresarial interna sino que además facilita la concentración geoeconómica de los grupos de poder trasnacional¹⁷. Como argumenta un analista finlandés, hoy en día el esfuerzo político de regular los efectos perversos de la política económica pasa más por un intento dramático de fiscalizar democráticamente los espacios globales, ya que las decisiones determinantes se dan más allá de las competencias del Estado-nación¹⁸.

La sociedad que se emancipó de las relaciones estamentales, liberándose las energías sociales suficientes para fecundar la propuesta económico-industrial, comprendió que la idea de una real superación de la estructura productiva tradicional pasaba por incorporar congruentemente a los sectores antes excluidos del negocio público, aperturar mecanismos de participación política que recojan los intereses diversos, y democratizar el acceso a las nacientes instituciones sociales, que construía precariamente la modernización a la peruana. La democracia era entendida como una identificación política entre la administración técnica gubernamental que planificaba la modernización y los intereses populares. La ideología que animaba a los gobiernos políticos que estimulaban a la economía urbano-industrial era definir la ciudadanía como una disposición jurídica que descansaba en relaciones estables de trabajo. No se podía acceder al vida social que inauguraba el Estado desarrollista sino se entendía que las diversas dimensiones que abría la modernidad a la peruana deberían tener como base una sólida calidad de vida.

En la medida que la política gubernamental no se distanciara de los intereses compartidos de la sociedad se aseguraba la estabilidad política suficiente para transitar hacia efectivas condiciones de evolución económica e institucional. La separación

¹⁵ ADRIANZEN Y SANCHEZ PARGA. "Documento de trabajo: Balance de la democracia en la Región Andina". En: grupo Propuesta Ciudadana. Junio 2003. Lima- Perú.

¹⁶ BECK, GIDDENS y LASH. Ibid. p 135.

¹⁷ ADRIANZEN Y SANCHEZ PARGA: Ibid.

¹⁸ TEIVAINEN Teivo. "Trasnacionalización, Territorialidad y Democracia en el Sistema-mundo capitalista" En: Rev. Debates en Sociología. No25-26. 2000-01.

forzada entre régimen de gobierno y la fragmentación de intereses¹⁹ se gestó debido a que se pensó que la sola planificación del régimen de producción bastaría para alcanzar la igualdad de desarrollo de los centros hegemónicos, cuando debió reconocerse que el subdesarrollo societal de la periferia era la condición del gran avance de las economías centrales²⁰. No se previno que los cambios dirigidos en la estructura productiva deberían de estar acompañados de reformas sociales que hicieran transitar toda la complejidad de las redes sociales hacia formas de saber que dialogaran con los escenarios globales.

Mientras el mundo del capitalismo multinacional superaba la vigilancia democrática que le imponía la sociedad nacional, y por lo tanto, ponía en cuestión severamente los esfuerzos sociales de definir el rumbo de la política económica desde los actores internos, en la periferia del mundo se experimentaba una cerrazón autárquica que no logró hacer evolucionar el conjunto del sistema social, cuando ya el mercado empezaba a internacionalizarse²¹

Mi hipótesis, en este sentido, es que la historicidad de un proceso caótico y desgarrador no condujo hacia una real democratización de los espacios sociales, sino a una explosión de las variables sociales en juego, ya que el supuesto plan histórico de construir el edificio de la modernidad, devino en una fragmentación societal aún mayor de la que se quería transgredir. El discurso democrático –auspiciado por los agentes externos- de vigilar los procesos económicos que debían expresarse con auxilio del Estado, encontró en las mutaciones a nivel de la conciencia magníficas oportunidades de corromper para siempre la precaria autonomía que habían alcanzado los Estados nacionales.

Con sus particularidades, el proceso de construcción de la identidad peruana encontró en el interior inolvidables resistencias ideológicas para gestarse, por que la modernización cultural del Estado desarrollista no supo cortar audazmente los lazos reales que unían a las mentalidades plurales del país con el discurso comodón de la cultura criolla. En la medida que la reproducción de la biografía mestiza dependía acendradamente de la semántica criollo-occidental, fue muy complicado para el discurso nacional-desarrollista desarticular los finos hilos de la tradición que se redefinían más rápido que los bruscos cambios estructurales que se proponían en el escenario político. El miserable conocimiento de las profundidades de nuestra interioridad civilizatoria, impidió a los estrategas del desarrollismo conducir exitosamente un proceso social que creía firmemente que se podía trasladar la matriz de desarrollo de los países desarrollados a nuestras realidades periféricas concretas.

Lo que es que el da la impresión de ser confrontador. Unos contra otros. Dominados y dominantes, indios y blancos¹⁸, en cambio, yo creo que se sugiere que el Perú posee una estratificación social mucho más porosa., identifica una constante que ha impregnado el funcionamiento tanto de las instituciones oficiales como de las subjetividades políticas: las prácticas patrimoniales, las relaciones clientelistas, la propensión autoritaria o la herencia colonial son aquí categorías destinadas a señalar que las grandes transformaciones sociales ocurridas en el país no fueron parejas de cambios políticos que permitieran un nuevo ejercicio y una renovada imaginación de la sociedad civil.

¹⁹ ADRIAZEN y SANCHEZ PARGA. Ibid.

²⁰ CARDOSO Y FALLETO. Dependencia y Desarrollo en América Latina. SXXI Eds. 1967.

²¹ CARDOSO Y FALLETO: Ibid. p151-160.

La imposición de los principios orgánicos- católicos y de las atribuciones patrimoniales procuraron la división estamental, la ruptura del pacto colonial y el descabezamiento del cuerpo social dio cabida a su posterior fragmentación el despliegue del caudillismo, clientelismo y la exclusión indígena de la vida oficial , da cuenta que con el informe de la comisión de la verdad y reconciliación, sigue vigente la discriminación racial y clasista , hoy mas que nunca en circunstancias que la debilidad del estado para hacer cumplir la ley y redistribuir mejor los recursos sociales .

El desarrollismo no supuso que serían los propios conceptos arcaicos de nuestra civilización los que desmantelarían las buenas intenciones del discurso de vanguardia. La particular conceptualización de la razón instrumental²² que había adoptado nuestra identidad no sólo bloqueó la efectividad del lenguaje desarrollista, sino que además facilitó el terreno para que la tiranía del mercado difundiera su particular sistema de ideologías individualistas en el seno de las relaciones sociales.

El agotamiento de un patrón de crecimiento que no logró revolucionar en su conjunto las estructuras sociales se fue evaporando en el aire²³, a medida que el núcleo de las relaciones sociales se desmaterializaba, y ganaba en la determinación de la cultura periférica un conjunto de procesos plurales que eran incentivados en su mayoría por la mass media²⁴. El hecho que los Estados correspondieran en su lógica a los condicionamientos de las corporaciones trasnacionales, es decir, la acción de trastocar los cimientos institucionales de la periferia con la finalidad de coaccionar su camino al

Conclusiones: en defensa del espacio.

Como lo he conjeturado arbitrariamente al final de este penúltimo apartado, en esta concluyente sección intentaré delinear objetivamente el protagonismo que adquiere en los ámbitos de la clandestinidad la categoría dinámica e híbrida del ordenamiento territorial como la única alternativa coherente y global con que cuentan las identidades locales para detener y controlar el carácter acelerado y alienante de la existencia capitalista, que en su obstinación por organizar, subordinar y encerrar la savia mítica de los pueblos en ornamentos temporales desencionaliza la experiencia, la empobrece y la hace esclava de patrones secuenciales y virtuales del poder abstracto. Tremendas prerrogativas administrativas ha gozado la disrupción caótica de los flujos del capital para invadir con su lógica desterritorializante y edesqueizofrénica las mutaciones soberanas de las culturas subalternas, relegando las resistencias comunitarias a una constante readaptación empresarial, que excluye de plano los esfuerzos reterritorializantes y los ahoga en una existencia arrojada y desamparada que debe aceptar la evaporación de la solidez arcaica. La temporalidad capitalista no sólo vuelve irrelevante la voz concreta del espacio, sino que además le niega su derecho a la espiritualidad viviente, a la carne inmanente, lo cual a la larga va despojando ilimitadamente a la singularidad del ser folklórico y de amortiguamientos emocionales solidarios con que evadir la persecución del trascendentalismo, que es a no dudar la

²² ADORNO Theodor. Dialéctica Negativa. Taurus Eds. Madrid-España. 1975.

²³ MARX Carlos. Manifiesto comunista.

²⁴ VATTIMO Gianni. La Sociedad Transparente. Ed. Paidós. 1ª Ed. 1990.

gran responsable de la desaparición de la sensación concreta, de su desviación y falsedad estética, y del repliegue artesanal que sufre el ethos grotesco, que se convierte en un motivo arquelógico expuesto al saqueo etnoturístico.

La naturaleza sobre la cual reposa la vida sensible – la certeza ingenua y primordial del cual se apodera el cinismo biocorporal y la depravación selvática de los fluidos pasionales- va siendo convertida en una despensa interminable de recursos de todo tipo, expuestos a la violación y explotación económica, sin considerar que tal vejación cósmica obstruye el afirmamiento simbólico de los imaginarios tradicionales y arcaicos, acelerando la desmaterialización e insignificancia de los sistemas de referencia cultural que necesitan, a fin de cuentas, sostenes territoriales que sirvan de ámbitos para la realización colectiva e individual.

Si bien este reproche comunitarista está revestido de una desaceleración naturalista, creemos que hay que primero abandonar la concepción mecanicista y materialista de lo concreto para avanzar hacia una definición más fluidificada y viva de los reservorios naturales, lo cual inclinaría los esfuerzos democráticos hacia la consecución de un proyecto orgánico y ecológico de sociedad que signifique no derribar sino dar oportunidad a los saberes tradicionales y sensoriales a reencantar la experiencia humana de una cultura de la sensoriedad que desactive el totalitarismo del tiempo, con una práctica social respetuosa de la diversidad orgánica de la vida interior y subalterna. Creemos que el giro refeudalizante del capitalismo complejo es consciente ventajosamente de las riquezas e inventiva de los saberes alternativos, sin embargo, tal estrategia no busca una humanización cultural de las condiciones de vida material, sino enriquecer y ornamentalizar la oferta de estilos de vida burguesa, llenando los escaparates de la última moda, de incrustaciones exóticas que van convirtiendo el espacio social en un almacén infinito de mestizajes culturales y de ideologías consumistas que vuelven demasiado engreída y consumista a la existencia singular. Pienso que para que este hechizo de la complejidad tradicional no se trastoque en una cubierta ideológica que bloquee deliciosamente la salud de la mente, las identidades locales están obligadas a negociar y a controlar la fábrica de la biodiversidad con un socialismo organizacional y complejo que logre establecer coordinaciones estratégicas, y hacer posible así el desarrollo de una política soberana del espacio, que desactive la falsedad de las abstracciones sensoriales del mundo mediático.